

Espejos

Gustavo Ariel Schwartz

No sé para quién escribo esto. Quizás escribo para mí (para nada); quizás escribo estas líneas para ordenar mis ideas; para negarlas; para huir de ellas; ¿para aceptarlas? O para no pensar, para no pensar más. O quizás estas líneas sean para vos, viejo; para vos que nunca vas a leer esto; para vos que estás del otro lado. O quizás lo importante sea comprender; ¿comprender o comprenderte? ¿Comprenderme? O acaso comprender que a veces lleva cuarenta años comprender a los viejos. O quizás no importe para quién escribo; a veces basta con imaginarse que alguien está allí para escucharnos, ese otro que nos permite intuirnos. Y es que todos necesitamos que alguien nos escuche; o al menos, escucharnos en alguien. Es curiosa la comunicación; a veces parece que uno se comunica con otro, cuando en realidad, en lo más profundo de ese acto, uno está hablando consigo mismo. Es como si el otro fuese un espejo donde uno puede reflejarse y reconocerse. Y mientras releo lo que acabo de escribir todo se me mezcla, se me confunde; uno, el otro, el espejo, el reflejo; y a veces creo que cada uno de nosotros somos al mismo tiempo uno, el otro y el espejo.

Aquella noche llegué a casa alrededor de las nueve. Ana estaba aún en el curso de francés y llegaría más tarde. María me dijo que Nicolás había cenado bien, había hecho los deberes y que estaba mirando la tele; luego agarró su bolso, me saludó y se marchó, no sin antes decirme: *señor, últimamente lo veo muy cansado; debería trabajar menos*, y cuando ya estaba en la puerta agregó: *¡Ah! Le dejé la correspondencia sobre el escritorio*. Acomodé, con un esmero impropio de mí, los paquetes que traía sobre la encimera de la cocina y me dediqué a arreglar las flores que había comprado. Les corté los tallos (que eran excesivamente largos), quité algunas hojas que estaban feas y las

coloqué en un jarrón con agua. Y mientras me abocaba a esta tarea me asaltaban las metáforas: ¡cuánto trabajo nos tomamos por unas flores que sólo van a durar un par de días! pensaba. Y si duraran dos semanas ¿acaso tendría más sentido? ¿Cuánto tiene que durar algo para que valga la pena dedicarle tiempo? Por más empeño que le pusiera las flores se iban a morir en un par de semanas; ¿dejaban por eso de ser hermosas? Dejé las flores (y mis dudas y las metáforas) en la cocina y me fui a la sala a ver a Nicolás que me rodeó enseguida con sus pequeños brazos, con esos brazos gigantes, y por un momento, por un fugaz momento, la confusión desapareció y fui feliz y me olvidé de todo y sentía sólo su presencia y la mía; y nada más. Intercambiamos un par de besos, y luego volver a la realidad.

Le dije que le había traído figuritas; *de las que te gustan* – agregué ensayando una frase que me era ligeramente desconocida. Él no pudo disimular la sorpresa; era bueno disimulando, pero no pudo; y comenzó enseguida a destruir los envoltorios en busca de las figuritas mientras yo hurgaba en mi conciencia en busca de respuestas; me debatía si hablar con Nicolás, o no hablar; si hablar con Ana, o no; si hablar o no hablar. ¿Acaso serviría para algo? Y mientras yo me perdía en mis cavilaciones, Nicolás terminaba de destripar el tercer sobre de figuritas. Luego me volvió a mirar y me preguntó

- Papá, ¿por qué te has puesto corbata?
- Tenía una cita importante. ¿Cómo te fue hoy en el cole?
- Bien.
- ¿Qué hicieron?
- Aprendimos sobre los seres vivos. ¿Sabías papá que los seres vivos son los que nacen, crecen, se reproducen y mueren?

¡Qué triste definición! pensé para mí; pero mantuve la cara lo más alegre que pude y continué la conversación

- ¿Entonces nosotros somos seres vivos? – le pregunté.
- ¡Claro! – me respondió – yo ya nací y estoy creciendo.

Y no se percató, no podía percibirse, de lo que su respuesta suponía para mí. ¡Qué pobres que son las definiciones! volví a pensar; dejan fuera casi todo lo que es esencial a la cosa definida. *Nacen, crecen, se reproducen...* y mientras pensaba en esto alcancé a notar en el rostro de Nicolás una sonrisa al mismo tiempo familiar y extraña; una sonrisa que yo conocía perfectamente, pero que no estaba acostumbrado a ver en otra cara. Descubrí, no sin cierta inquietud, que Nicolás llevaba puesta la que había sido mi sonrisa de niño.

- A que no adivinás qué vamos a hacer el sábado – dije de pronto para volver a la conversación y alejar los fantasmas.

Él se lo pensó un momento y mientras el rostro se le volvía todo alegría me dijo.

- ¡Por fin! ¡Por fin! Me vas a llevar. ¿Puedo invitar a Diego?
- Claro que sí – le respondí – y vamos a llevar la cámara y vamos a hacer un montón de fotos.

Y Nico no dejaba de dar saltos de alegría y por un momento, por un fugaz momento, yo me sentí tan feliz. Hubiera dado cualquier cosa por prolongar ese instante indefinidamente. Pero la realidad, la puta realidad te arranca del Edén en el momento más inesperado y te arroja por ahí; ni siquiera se sabe dónde; por ahí. Traté de controlarme y le dije a Nicolás que ya hablaría con los padres de Diego y que el sábado lo pasaríamos en grande.

- ¿Y esas flores para quién son? – me dijo señalando el jarrón en la cocina.
- Son para mamá.

- ¿Es su cumpleaños? – preguntó perplejo.

- No; son... son, unas flores... que le traje – dije dubitativo. Bueno, es hora de irse a la cama.

Dejé el maletín en el estudio y fui a su cuarto a darle un beso de buenas noches.

Me abrazó tan fuerte que por un momento pensé que presentía algo. Pero no; era imposible que notara algo. Cuando me soltó, lo volví a mirar a los ojos.

- Te brillan los ojos, papá – me dijo.
- Debe ser el cansancio – respondí sin la menor convicción.
- Cuando llegue mamá le dices que venga a darmte un beso, ¿vale?

Alcancé a decir que si y me fui de la habitación antes de que me quebrara definitivamente.

Ana no volvería hasta cerca de las once. Me senté en el estudio y comencé a tamborilear con mis dedos sobre el escritorio mientras miraba la biblioteca en busca de vaya uno a saber qué; miraba los lomos de los libros; libros que había leído, libros que no, libros que ya no iba a leer. Repasé algunos títulos; todos me resultaban, ahora, terriblemente hostiles... En busca del tiempo perdido, Viaje al fin de la noche, El libro de las ilusiones, La insopportable levedad del ser... Me levanté de la silla y tomé el libro de Kundera. Al releer la primera página una leve sonrisa se instaló en mi cara: Nietzsche y el eterno retorno. Hoy daría cualquier cosa porque esta noche se repitiera eternamente: llegar a casa, acostar a Nico, abrir la correspondencia, esperar a Ana; esa deliciosa rutina tantas veces repudiada y ahora tan deseada como imposible. Dejé el libro en su sitio (porque cada libro de esa biblioteca tenía su sitio; cada cosa en mi vida tenía su sitio. ¡Qué horror! Ya estoy hablando en pasado.) y me senté a mirar la correspondencia. ¡A mirar la correspondencia! Y me acuerdo entonces de los presos del

corredor de la muerte que el día de su ejecución (y el anterior y el anterior del anterior) se lavan los dientes con esmero, y luego cierran el dentífrico y colocan el cepillo en su sitio; y una factura del móvil, los resúmenes del banco, publicidad y nada más con qué distraerme; y entonces ya no me queda más remedio que abordar aquel sobre enorme, acolchado, con aquella letra inconfundible. Y hacía girar el sobre con mis dedos; de un lado ponía mi nombre y más abajo Burgos, España; del otro lado ponía Carmen Oviedo y más abajo Buenos Aires, Argentina; destinatario y remitente; una extraña pareja que se alternaba continuamente mientras hacía girar el sobre; el lado de acá y el lado de allá (¿dónde había leído eso?); y en el medio un océano, un espejo, que nos refleja espacial y temporalmente; una historia de idas y vueltas a un lado y al otro del espejo que cíclicamente se repite a lo largo de los años. Pero ahora yo estaba del lado de acá y temía que el contenido del sobre me metiera otra vez en el espejo y no supiera al salir de qué lado iba a quedar; las cartas de mamá eran siempre una caja de Pandora; pero aún así me decidí y abrí el sobre, muy lentamente; dentro del sobre había una pequeña nota que dejé sobre el escritorio y luego extraje muy lentamente una gran fotografía mía de cuando tenía ocho años. Me recliné sobre la silla y contemplé la foto detenidamente. El niño (o sea yo; pero pensaba: el niño) sostenía orgulloso una pelota de cuero número cinco; vestía una remera a rayas y estaba ligeramente despeinado. Un poco más atrás, y ya fuera de foco, se distinguía un póster con los jugadores de Boca que tenía en la pared de mi habitación. El niño miraba directamente a la cámara, es decir a mí, con unos ojos grandes y redondos y esa expresión inocente que nos invade cuando miramos la vida desde los ocho años. Sin embargo había algo allí, en aquella mirada, que no era tan inocente como debía, o al menos eso me parecía ahora; como si ese chico presintiera que algo inexplicable iba a ocurrir; aquella fue la última foto que me tomó mi padre. Respiré hondo y volví a concentrarme en aquella mirada que me observaba desde el

fondo de los tiempos, desde el lado de allá. De pronto un brillo, un destello, salió de sus ojos; contuve la respiración y tragué saliva; el aire se hizo más denso y comenzaron a sudarme las manos; sin dejar de mirarlo, sin que dejara de mirarme, comencé a sentir su presencia, una poderosa presencia que llenó enseguida toda la habitación; y yo me sentí empequeñecido, minúsculo a su lado; dejé la pelota y me acerqué a mi padre que me miraba con los ojos vidriosos.

- Papá, ¿por qué te has puesto corbata? – le pregunté.
- Tenía una reunión importante – me respondió sin mirarme a los ojos. Mi padre nunca usaba corbata; sólo cuando iba al médico.

Luego me preguntó qué había hecho en el colegio y cómo me había ido en el examen de lengua. Noté entonces que mi padre llevaba un paquete en la mano y le pregunté qué era.

- Es un regalo para mamá – me respondió.

Era raro; papá nunca le traía regalos a mamá. Y algo debió notar en mi rostro, en mi manera de mirarlo, porque cambió de tema rápidamente.

- ¿A que no adivinás a dónde vamos a ir el sábado?

Dudé un instante y luego mis ojos se abrieron como dos farolas; no podía creer que por fin me iba a llevar al circo; era sin duda el día más feliz de mi vida.

El sábado mi padre me llevó al circo. Se comportaba conmigo como el padre que yo siempre había soñado. Por primera vez lo veía contento de verdad; no hubiera podido explicarlo entonces, pero yo sentía que conectaba conmigo. Los siguientes dos sábados me llevó a jugar al fútbol. Él nunca me llevaba los sábados, siempre tenía que trabajar; pero aquellos sábados fueron distintos, especiales. Estaba alegre y me hacía fotos, muchas fotos; algunas las amplió y las colocó en marcos que luego colgaba por

toda la casa. Después del fútbol íbamos a tomar helados y él hacía bromas y nos reíamos mucho; y se hacía el payaso y la gente nos miraba y yo estaba orgulloso de mi padre. Luego volvíamos a casa caminando a través del parque y mirábamos la tele y jugábamos al TEG hasta tarde y luego me acompañaba a la cama y me leía un cuento; después yo lo escuchaba charlar animadamente con mamá y se reían y yo me iba quedando dormido en ese murmullo de felicidad que había invadido mi casa.

Unos días antes del siguiente sábado todo cambió; un llamado telefónico, una cara de espanto, lágrimas, llantos, más llamados, más llantos; y después flores, mi primer traje, más lágrimas, un vestido negro, más llantos, gente desconocida besándome y acariciándome el pelo. Después, ya no hubo más sábados.

*Gustavo A. Schwartz
San Sebastián, 1 de Febrero de 2010*

*Este cuento pertenece al libro de relatos “El otro lado” publicado en Amazon.
Se autoriza su reproducción no-comercial siempre que se cite la autoría y la procedencia.*

gustavo.schwartz@csic.es
<http://cfm.ehu.es/schwartz/>
<http://gustavoarielschwartz.org>